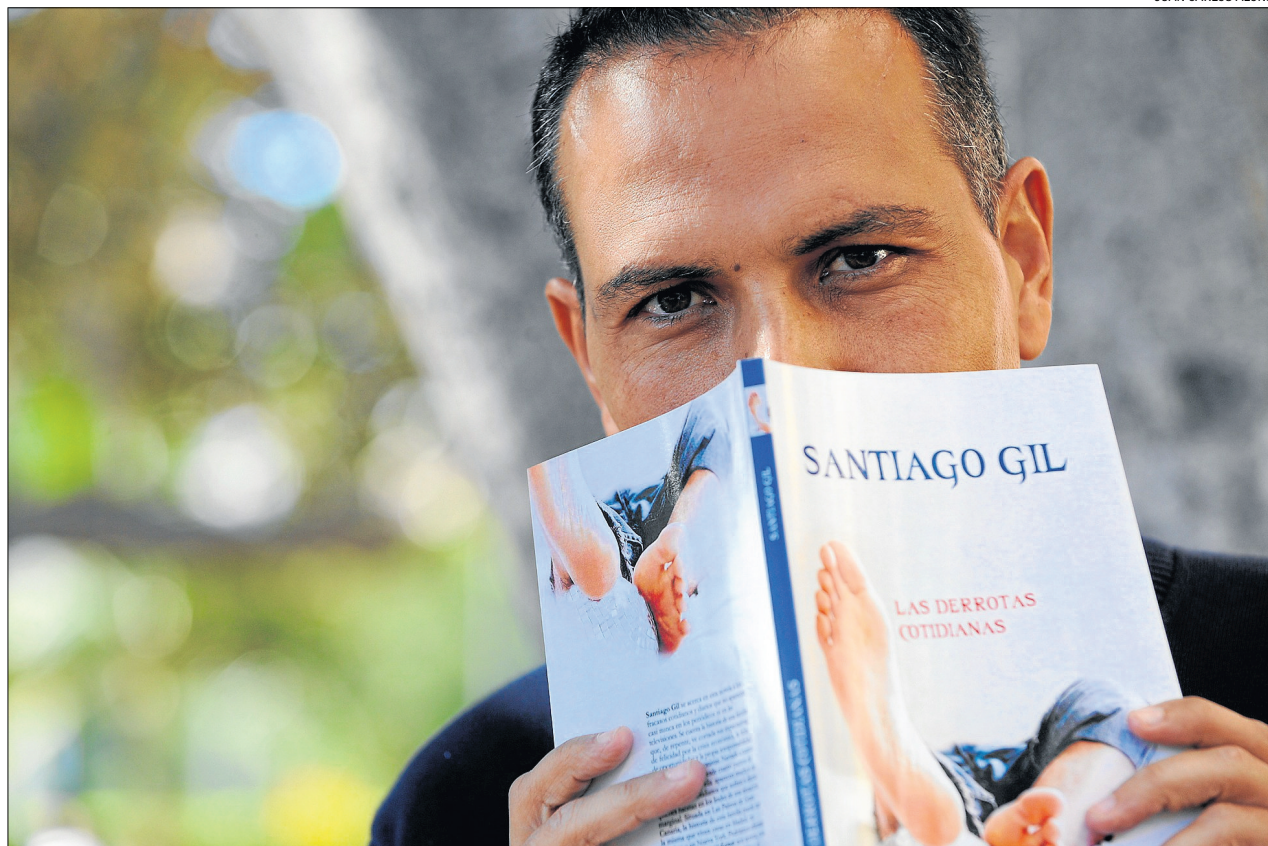




JUAN CARLOS ALONSO



El escritor grancanario Santiago Gil regresa a las librerías con *Las derrotas cotidianas* (Anroart), novela con la que se tapa parte de su rostro en esta imagen.

Una novela canaria DEL SIGLO XXI

♦ Por Victoriano S. Álamo

La novela canaria tradicional ha muerto. O casi. Los tiempos, la música folclórica, la jerga más variopinta y llamativa, las parrafadas eternas para describir desde los bellos países hasta las olas que golpean contra las rocas ya no son una parte determinante en las mismas. Existe vida más allá de estos tópicos. Y un ejemplo de esta realidad literaria, cada día que pasa más consolidada, se encuentra en novelas como *Las derrotas cotidianas* (Anroart), la nueva propuesta de Santiago Gil (Guía, 1967). Primera ficción urbana del autor de *Los años baldíos* y que sigue el camino que abrieron hace unas décadas autores más veteranos como Emilio González Déniz o la desaparecida Dolores Campos-Herrero y cuyo testigo han recogido otros más jóvenes como Alexis Ravelo, Ángeles Jurado y el propio Santiago

Santiago Gil vuelve con 'Las derrotas cotidianas', una crónica urbana protagonizada por una familia grancanaria en una sociedad que anticipaba la actual crisis.

Gil. Exponentes de la nueva novela canaria del siglo XXI.

Las derrotas cotidianas es tan canaria como universal. Se desarrolla principalmente en Las Palmas de Gran Canaria, con algunas situaciones que transcurren en varios pueblos cercanos. Sus protagonistas utilizan expresiones propias de la lengua canaria y sus ficticias existencias se desarrollan sin salir de las Islas. Pero sus existencias, sus personales maneras de entender y padecer la vida no tienen fronteras. Llega y tocan tanto a un lector canario como a uno peninsular o extranjero. Una circunstancia muy tradicional en unas islas caracterizadas por el

mestizaje y sorprendentemente menos común de lo imaginable en la literatura insular. «Cuando la pasada semana presentamos la novela en Madrid, muchos me lo decían. Que a pesar de transcurrir en Gran Canaria, donde no han estado nunca, *Las derrotas cotidianas* les contaban una historia con las que se identificaban sin problema alguno», explica Santiago Gil mientras se toma una infusión en una terraza de la Plazoleta de la Plaza de las Ranas capitalina.

Gil, que en determinados momentos de su vida ha vivido en Madrid, Londres y París, defiende la capital grancanaria como un escenario ideal para la ficción. «Comparto la opinión del arquitecto

Juan Palop de que Las Palmas de Gran Canaria es como un Nueva York pequeño pero siempre con buen clima. Es un microcosmos de culturas, razas y religiones. Así es y así ha sido durante años, antes incluso que las grandes urbes nacionales. Por ejemplo, cuando los inmigrantes del África subsahariana comenzaron a llegar a Plaza de España, los madrileños se encontraron con una realidad nueva con la que los canarios convivíamos con naturalidad desde hacía años», defiende el escritor grancanario.

Las derrotas cotidianas, reconoce sin poder Santiago Gil, tiene mucho de «crónica periodística». Y es que para el autor de *Un hombre solo y sin sombra*, el periodismo es literatura y ha recogido el testigo de «la novela y del teatro» desde las primeras décadas del siglo XX hacia atrás, cuando aquellas eran las encargadas de «contar lo que pasa».

Su nueva novela es una historia que nace de lo que ve, de lo que escucha. Añade que se origina «en las voces de la



calles.
una r
tece d
protá
cable
tor».
«a pa
las na
ban y
y su p
La
co añ
ge Li
yeron
gase
que d
Pino,
gonis
guen
mun
sarro
una s
grand
crisis
y la f
aquel
medic
cemo
En
litica
sus pi
de bá
paso
en gu
pelote
guald
milia
tado.
asign
y la e
litico
debat
nes q
saper
que t
vela d

El m
El
en la
ro qu
vida
de in
mo, p
litera
cuent
esta p
Las d
tagon
Las C
los at
Es
la vid
vó a d
dedic
rutin
muy
jo». «
escri
camil
noce
fesio
die et
Cl
canta
becer
zee y
de Pi
cuand
nas y
en el
de su
Las d
19.30
de la
Mara
Miró
nario

calle. Y es que escribo como miro, de una realidad que está ahí y que me apetece contar desde la ficción, aunque los protagonistas son fácilmente identificables dentro del entorno de cada lector». Tiene claro, también, que escribe «a partir de la voz de mis abuelos». De las narraciones que de niño le contaban y que despertaron su imaginación y su pasión por la literatura.

Las derrotas cotidianas llevaba cinco años en el cajón, hasta que Gil y Jorge Liria, responsable de Anroart, creyeron que era el momento de que llegase a los lectores. Quizás esto explique que Mariola, Máximo, Andrés o Pino, los miembros de la familia protagonista, ni tengan móviles ni naveguen por Internet, situaciones tan comunes actualmente. «La acción se desarrolla en torno al año 1999. Y refleja una sociedad que ya anticipaba los grandes males que han estallado con la crisis económica actual. La opulencia y la falta de valores que imperaban en aquellos años es responsable, en buena medida, de la situación que hoy padecemos», reflexiona Santiago Gil.

En esta ficción la crítica social y política ocupa un lugar importante. En sus páginas se denuncia el nacimiento de barriadas periféricas que con el paso del tiempo se han convertido casi en guetos, el reinado de la cultura del *pelotazo* y los nuevos ricos, las desigualdades y los abusos sociales, las familias desestructuradas y un largo listado... «En Canarias, las dos grandes asignaturas pendientes son la cultura y la educación. Pero parece que los políticos no lo tienen en cuenta. En los debates en el parlamento, son cuestiones que no se abordan o pasan casi desapercibidas», denuncia Santiago Gil, que tiene muy claro que su nueva novela destila un cierto gusto amargo.

El mar como personaje

El mar es un elemento primordial en la vida de Santiago Gil. «Tengo claro que no podría vivir lejos del mar. Mi vida no tendría sentido en una ciudad de interior. Me ha enseñado muchísimo, para mí es más importante que la literatura. Cuando te vas fuera, te das cuenta de la importancia que tiene». Y esta pasión se refleja en las páginas de *Las derrotas cotidianas*, con unos protagonistas que disfrutaban del paseo de Las Canteras, de jugar en su arena o de los atardeceres con el Teide de fondo.

Escribir es una parte primordial en la vida de Santiago Gil. Incluso, le llevó a dejar a un lado el periodismo para dedicarle más tiempo y así cumplir las rutinas que se impone, ya que tiene muy claro que «la literatura es trabajo». «Se aprende y se mejora leyendo y escribiendo todos los días. No hay otro camino», sentencia, a la vez que reconoce que ayudan una estabilidad profesional «de la literatura no vive nadie en España, aclara» y sentimental.

Claro que, puestos a elegir, se decanta por la lectura. Con autores de cabecera como el sudafricano J.M. Coetzee y españoles como Ignacio Martínez de Pisón o Juan Marsé, a los que leía cuando escribió *Las derrotas cotidianas* y que, según reconoce, «influyeron en el aire que tienen» los protagonistas de su novela.

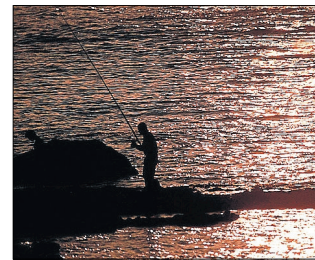
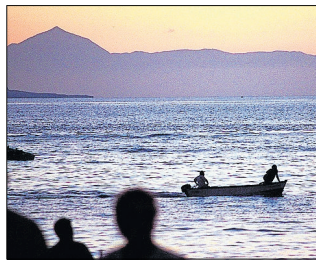
Las derrotas cotidianas (Anroart), de Santiago Gil, se presenta hoy, a las 19.30 horas, en el Gabinete Literario de la capital grancanaria. En el acto, Mara González, Kiko Barroso y Sergio Miró entrevistarán al autor grancanario, natural de Guía.



‘LAS DERROTAS COTIDIANAS’

Extracto de un capítulo de la nueva novela de Santiago Gil

Digamos que sus padres, que se llaman Felipe y Elena, son los clásicos nuevos ricos que andan todo el día buscando la manera de trepar socialmente.



♦♦ Por Santiago Gil

La otra vivienda del edificio está ocupada por una familia de pijos repentinos con la que nosotros casi no hemos tenido trato. Viven en el Primero Interior y a pesar de que la hija pequeña es casi de mi edad jamás hemos jugado juntas, ni en su casa, ni por supuesto en la mía. La metieron desde niña en un colegio bilingüe que está en las afueras de la capital y allí hacía prácticamente toda su vida, con clases y actividades programadas incluso los fines de semana. Digamos que sus padres, que se llaman Felipe y Elena, son los clásicos nuevos ricos que andan todo el día buscando la manera de trepar socialmente. Los dos trabajaban como empleados en un centro comercial, pero desde hace varios años tienen su propio negocio de productos informáticos. Han ganado un dineral, y si no se van de esta casa es porque el alquiler que pagan, casi en primera fila de Las Canteras, es de risa. Alfonso también los quería echar a la calle, pero con ellos no se atreve a montar los numeritos que monta con nosotros cada dos por tres, entre otras cosas porque, al igual que doña Olga, también le van subiendo algo cada año, aunque su alquiler diste mucho de lo que se pide ahora mismo por un piso tan grande en esta zona. Su hija, que se llama Rocío, era tonta desde niña. Para fastidiarme se ponía a hablarle en inglés, y más de una vez me dijo que su madre no quería que jugara conmigo porque éramos pobres y también porque yo era un poco machona. Ahora anda por Estados Unidos estudiando algo de Comercio Exterior o Económicas, y cuando viene a la isla ya ni siquiera me saluda si nos tropezamos por las escaleras o en la

avenida de Las Canteras. Su hermano, que era más o menos de la misma edad que mi hermano, y que por supuesto tampoco subió nunca a jugar a la azotea, hizo Medicina en Estados Unidos y ahora está de médico en Miami. Debe hacer varios años que no viene a la isla, y ahora son sus padres los que viajan varias veces al año para comprobar cómo rinden sus inversiones. A mi madre la ignoraron desde el principio, e incluso Elena más de una vez llegó a cuchienco algo a sus espaldas después de haber pasado junto a ella camino de la azotea. Yo creo que son tan cerdos por no haber tenido vistas al mar. O a lo mejor es que hay gente ruin y rastrera por naturaleza. No lo sé.

Mi madre acaba de llegar a casa. Apenas se puede mantener en pie. Lo de la espalda lo lleva cada día peor, y en el súper poco menos que le han dicho que ellos no están para tener a nadie de baja, que si está enferma lo mejor que puede hacer es pedir la incapacidad permanente y retirarse con una paga; que ellos, aun sintiéndolo mucho, la pondrán en la calle desde que falte más de dos o tres días seguidos. Mi madre sabe que no están mintiendo ni amenazando de boquilla. Lo han hecho otras veces, y además por unos pocos euros, que es lo que les vale indemnizar a las cajeras. Por eso aguanta.

Casi no se puede mover, pero no se queja. Lo primero que hace es preguntarme por los exámenes. Yo siempre le digo que me va bien, y es verdad, me va mucho mejor que en el instituto y en el colegio. Dice que se encontró a mi hermano cuando salía del supermercado, y que le prometió que vendría el próximo fin de semana a comer. Siempre hace lo mismo, pero luego se tira cinco o seis meses sin aparecer, y

cuando viene está todo el rato callado, nervioso, y como juzgando despiadadamente las condiciones en las que vivimos. Ante él me veo como una extraña. No queda nada de la complicidad que teníamos cuando yo era pequeña. Andrés, por más que trate de aparentar todo el rato que le va de maravilla en la vida, es un tipo amargado. Trabaja vendiendo coches y convive desde hace más de dos años con una chica de la que sólo sabemos que se llama Laura y que trabaja en una agencia de viajes. Jamás la ha traído a casa.

Andrés se fue de casa desde que cumplió los dieciocho años, y le importó un pimiento cómo nos quedábamos mi madre y yo. Desde que consiguió el trabajo en el concesionario se alquiló un apartamento en la otra punta de la ciudad y si te he visto no me acuerdo. Mi madre no dice nada, como mismo hace cuando se suceden las andanadas del monstruo del Bajo Exterior, pero sé que le duele enormemente el distanciamiento de Andrés. Con mi padre sé que nunca más se volvió a hablar, y eso que eran una y carne. Jamás le perdonó lo que hizo.

Yo a mi padre sí le sigo viendo. Mi madre luchó siempre para que no perdiera el vínculo paterno y para que no lo odiara. Lo pasó muy mal, posiblemente peor que todos ellos. Yo era la más pequeña y hasta ese momento también era la niña más feliz del mundo. Tal vez si lo hubiéramos sospechado antes, o si mi padre hubiese sido un canalla o un vivalvirgen podíamos haber estado sobre aviso y no nos habría cogido todo aquello con las defensas tan bajas. Pero nos cogió pensando que éramos una familia afortunada, llena de dicha y de complicidad; por eso nos dejó tan atónitos y aliquebrados.